

EL PODER

N@V@L



EN EL NUEVO MILENIO

DE LA MANO DE GOLIAT

LA ASIMETRÍA EN LA GUERRA MODERNA Y EL PAPEL DE LA ARMADA

Juan RODRÍGUEZ GARAT



Una puesta en escena inesperada



El pasado 11 de septiembre, la opinión pública de las naciones occidentales comprobó, con horror y sorpresa, que la amenaza *multidireccional* y *multiforme* que, según la mayoría de los analistas, nos había legado la guerra fría no era una especulación teórica con más o menos fundamento, sino una estremecedora realidad.

El brutal atentado se ha llevado consigo, entre otras muchas cosas, la cómoda creencia de que, en un mundo cada vez más *globalizado*, la seguridad de las democracias occidentales podría aislarse de lo que ocurra en el mundo exterior. La inequívoca demostración de que la inestabilidad en remotas regiones del globo nos afecta directamente pone en primer plano la necesidad, que hasta ahora sólo se había visto reflejada en los papeles de los estrategas, de exportar nuestra estabilidad (1).

(1) En la prensa nacional se han publicado artículos defendiendo que el reciente atentado justifica un mayor papel de las fuerzas armadas en la defensa del territorio nacional. Filosóficamente este análisis es incontestable. Sin embargo, en la práctica, el efecto del atentado es justamente el contrario: como el propio secretario de Defensa de los Estados Unidos ha reconocido públicamente, no es posible defender de forma pasiva todos los posibles objetivos del terrorismo, por lo que la propia defensa del territorio nacional exige una política aún más activa de intervención en el exterior.

Y aunque los gobiernos occidentales disponen de muchas herramientas para este trabajo, es innegable que, en aplicación directa de la acreditada estrategia del palo y la zanahoria, las Fuerzas Armadas han de jugar un papel esencial en el empeño. Un papel que será particularmente difícil en unos escenarios esencialmente *asimétricos*, para los cuales, a pesar del tiempo transcurrido desde el fin de la guerra fría, no estamos suficientemente preparados.

La amenaza asimétrica

Hace ya algunos años que la palabra *asimetría*, fea como es, se puso de moda en los círculos de pensamiento militar contemporáneos, muchas veces para justificar un peculiar equilibrio estratégico en el que las poderosas fuerzas armadas de los países occidentales —que, como es sabido, carecen de rivales militares de consideración— llegaban a verse reducidas a la impotencia por la acción o la mera amenaza de armas, tácticas o estrategias *no convencionales*.

Para nosotros, los marinos, este feo vocablo, además de hacernos revivir las dificultades que, en nuestra juventud, experimentamos con la geometría euclidiana, nos recuerda que han pasado los tiempos en que las flotas de combate se preparaban para enfrentarse a otras de composición similar, y que ahora nos corresponde realizar un trabajo más complejo y con mucha mayor carga política frente a las mismas costas del enemigo.

Sin embargo, la *asimetría* de la que hablamos no es, ni mucho menos, un concepto específicamente naval, y puede materializarse de muchas otras maneras. Cualquiera podría citar, entre las más características de nuestro tiempo, el terrorismo, desgraciadamente tan de actualidad; la proliferación de armas de destrucción masiva, origen de algunas de nuestras más horribles pesadillas, y todas las variantes modernas de la sempiterna guerra psicológica, que van desde la toma de rehenes a la magnificación de los *daños colaterales* ante las cámaras de televisión occidentales. Pero ya en el pasado se emplearon con éxito otras interesantes modalidades: armas, como la mina o el propio submarino; tácticas, como el ataque de aviones suicidas en la segunda guerra mundial, o incluso estrategias, como la amenaza de recurrir al empleo de armas nucleares tácticas con las que, en los duros tiempos de la guerra fría, la OTAN compensaba su presunta inferioridad en el frente central (2). Todas estas líneas de acción entran perfectamente dentro del campo de la asimetría.

Vea, pues, el lector que en este caso, como en tantos otros, un concepto que se quiere presentar como innovador tiene como única novedad la preten-

(2) La capacidad del hombre para la mistificación es infinita. De ahí que cuando la Alianza Atlántica hubo de recurrir a la *amenaza asimétrica* se prefirió bautizarla con el menos agresivo nombre de *respuesta flexible*.

ciosa palabra escogida para definirlo. Y es que, desde que David venció a Goliat, el débil ha buscado —y muchas veces ha encontrado— la forma de llevar sus enfrentamientos con el fuerte a terrenos en los que su propia debilidad no le impidiera prevalecer.

Pero, con todos los respetos que merece su hazaña, no es David el protagonista de este artículo, sino el desventurado Goliat. Con el permiso del lector —y créame que sin la menor pretensión de reescribir la historia—, trataré de analizar algunos de los principios que hubieran ayudado al fatuo gigante a derrotar a su rival. Y, pese a lo que puede parecer a primera vista, no lo haré por el mero placer de llevar la contraria, sino porque éste es el papel que las fuerzas armadas de todos los países occidentales tenemos que desempeñar en la coyuntura histórica que nos ha tocado vivir.

De la perspectiva de David

De un pastor que, con una honda y unos guijarros, es capaz de enfrentarse a un gigante bien armado, puede esperarse todo. Incluso que haya leído a Clausewitz. Si es así, estará familiarizado con dos de los pensamientos del gran estratega, que conservan hoy toda su actualidad. El primero, con el que cualquiera puede convenir, es la necesidad de concentrar el esfuerzo bélico en el punto donde éste pueda ser más eficaz. Clausewitz, mejor estratega que físico, llamó a este punto el centro de gravedad del enemigo. El segundo, menos obvio en su día, es que la victoria en cualquier conflicto no depende sólo de la fuerza militar, sino también de la cohesión del triángulo formado por el líder político, las fuerzas armadas y la sociedad.

Superado en poder militar, el moderno David, que todavía cree que la guerra es la continuación de la política por otros medios, debe recurrir a tácticas *asimétricas* para tratar de imponer su voluntad. Esto, desde luego, no es nuevo. Lo que sí es nuevo es que hoy tiene muchas más posibilidades de conseguirlo, porque ha encontrado nuestro centro de gravedad en uno de los tres lados del triángulo clausewitziano: las complejas relaciones que en los regímenes democráticos existen entre el poder político y el pueblo que lo elige.

No se llame a engaño el lector. Cierto que el David de que les hablo no tiene las connotaciones nobles y simpáticas de la narración bíblica. Sin embargo, ni es torpe ni carece de recursos. Desprecia a las democracias occidentales, a las que considera débiles. Cree que puede sacar partido de esta debilidad para alcanzar objetivos limitados, normalmente de alcance regional, pero que desde su punto de vista son críticos porque justifican su liderazgo y permiten la supervivencia de su régimen. Cree, en definitiva, que la opinión pública de las naciones occidentales no aceptará entrar en un conflicto en el que no estén en juego sus intereses más vitales si el coste, medido en una variedad de factores

que incluyen las bajas propias, los daños colaterales y el tiempo, dinero y prestigio invertidos en el conflicto, es suficientemente alto. Por eso y porque, posiblemente, está en juego su propia vida —¡ay del tirano derrotado!— no tiene inconveniente en sacrificar a su pueblo y a su ejército para incrementar este coste. Y lo hará, porque así se lo enseña la historia más reciente, concentrando todo su esfuerzo bélico en nuestro centro de gravedad: la opinión pública.

De la perspectiva de Goliat

Goliat es, como ya decía, el bueno de esta historia: un gigante a la vez sofisticado e ingenuo, poderoso pero lleno de contradicciones, que busca promover la paz y la estabilidad porque a ello le obliga su propia conciencia, pero también porque conviene a sus intereses económicos.

Nosotros —permítame el lector que me identifique con el gigante derrotado— también hemos leído a Clausewitz (3). La fuerza está de nuestra parte, y también lo está —nuestra sociedad no permitiría otra cosa— una cierta suerte de legitimidad internacional, expresada con más o menos coherencia por la ONU. A pesar de ello, la estrategia de David ha tenido éxito en el pasado. En Vietnam y en Somalia, por citar sólo dos de los ejemplos más extremos, Goliat ha sido derrotado sin paliativos. ¿Qué puede hacerse para que esto no vuelva a ocurrir?

Clausewitz aconsejaría atacar a David en su propio centro de gravedad. Pero, ¿qué queda del gallardo David bíblico en los comienzos del tercer milenio? El David con el que nos podemos enfrentar en nuestros días es un régimen totalitario, basado en una ideología extrema que, a los efectos de nuestro análisis, no importa demasiado que sea de naturaleza social, étnica o religiosa (4). Su centro de gravedad está en uno de los vértices del triángulo: su líder, la estructura ideológica que le mantiene en el poder y, en último término, las fuerzas de policía política que le apoyan. Ninguno de estos elementos es un blanco fácil y, aunque tras el último atentado terrorista pudiera haber cambios de criterio, la legitimidad de atacarlos directamente se ha venido considerando como muy dudosa.

Las estrategias alternativas, como Clausewitz habría predicho si se le hubiera preguntado, no han sido demasiado efectivas. Nuestros potenciales

(3) Comprenderá el lector que hablo en sentido figurado. Muy poca gente ha leído realmente a Clausewitz.

(4) No se confunda el lector por las peculiares características de la crisis más reciente. El enemigo no es Bin Laden. Si así lo fuera, la respuesta a sus crímenes debería quedar en manos de jueces y policías. Nuestro enemigo es el régimen que le da cobijo, posibilita sus atentados terroristas e impide la acción de la justicia.

enemigos han sido y siguen siendo combatidos con sanciones y, en ocasiones, con ataques *quirúrgicos* contra sus fuerzas armadas, en ambos casos sin mucho resultado porque lo que se ataca son los dos vértices menos adecuados —pueblo y fuerzas armadas— del triángulo definido por el estratega prusiano.

Esta difícil realidad ha sido reconocida por muchos analistas modernos. Sin embargo, en la mayoría de los casos, las soluciones que se han propuesto han sido más aparentes que reales. Muchos lectores recordarán la doctrina que trató de establecer el secretario de Defensa norteamericano, Caspar Weinberger, en relación con el uso de la fuerza (5). Los criterios propuestos en su día por Weinberger, desde luego, habrían asegurado la victoria militar de los Estados Unidos en caso de un conflicto declarado. Sin embargo, imponían tantas restricciones que, de haberse aplicado, hubieran supuesto la derrota estratégica de los Estados Unidos en un sinnúmero de conflictos que nunca llegarían a declararse.

La realidad, siempre tozuda, pronto se encargó de demostrar que, por atractiva que resultase para nosotros, los militares, la doctrina Weinberger —una de las muchas conclusiones erróneas de la guerra de Vietnam— suponía poco más que una guía para que el potencial enemigo pudiera adoptar una estrategia *progresiva*, sabiendo exactamente hasta dónde podría llegar sin correr riesgos inaceptables. Como no podía ser menos, esta rígida forma de ver las cosas disminuyó enormemente las posibilidades de éxito de nuestras estrategias, casi siempre basadas en la disuasión: a Milosevic, Saddam Hussein y, más lejos en el tiempo, al mismo Hitler les habría encantado aprovecharse de una doctrina tan poco flexible (6).

No existen, pues, soluciones fáciles a nuestro dilema estratégico. Porque el campo de batalla, al menos inicialmente, lo escoge el agresor, y a nosotros no nos queda otra alternativa que rehusar el combate o aceptarlo en las condiciones elegidas por el oponente. Sin embargo, el reconocer la ausencia de alternativas es, posiblemente, el primer paso hacia la victoria. Ya lo decía Sun Tzu, quizá un poco tarde para que Goliat tuviera tiempo de aplicarlo en su propio beneficio: conoce a tu enemigo, concómete a ti mismo, y no serás vencido en cien batallas.

(5) Para entrar en combate, Weinberger exigía que el conflicto afectara intereses vitales de los Estados Unidos, que se entrara en él con la clara intención de alcanzar una victoria decisiva, y con objetivos políticos y militares bien definidos, y que la intervención tuviera el apoyo explícito del pueblo y el congreso norteamericano. Ni siquiera la reacción militar ante el ataque terrorista contra las Torres Gemelas cumple estrictamente *todas* estas condiciones.

(6) El atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York demuestra, sin embargo, que no todos los agresores potenciales se someten a un cálculo racional de riesgos y ganancias. Algunos prefieren saltar directamente todas las barreras. Sin embargo, la historia demuestra que ésta suele ser una estrategia contraproducente. Muy probablemente, el tiempo demostrará que, además de un crimen contra la Humanidad, el reciente atentado habrá sido un enorme error estratégico que facilitará la derrota de quienes lo han apoyado.

El camino de la victoria

La mayoría de los analistas militares admiten que ganar la iniciativa es un requisito imprescindible para alterar el equilibrio a nuestro favor en cualquier tipo de conflicto bélico. Admitámoslo, pues, y admitamos también que no es posible disputarle a David la iniciativa en el *terreno estratégico* sin aparecer como agresores: ningún líder occidental podría dar la orden de intervenir en Afganistán *antes* del ataque contra las Torres Gemelas, y pocos habrían llegado tan lejos si el atentado no hubiera tenido las brutales características que han conmocionado a la opinión pública mundial.

Si ésta es la realidad, si estamos limitados a *responder* a las agresiones, calculadas o no, y si la iniciativa es imprescindible para la victoria, tendremos que compensar nuestra forzosa pasividad estratégica consiguiendo la iniciativa en los terrenos operacional y táctico.

Aunque no he tenido ocasión de comprobarlo personalmente, parece ser que, cuando uno deja los papeles sobre la mesa y se va a la guerra, encuentra todo mucho más confuso de lo que había pensado en su despacho. Clausewitz, mejor estratega que meteorólogo, achacó este previsible fenómeno a la niebla de la guerra. Una de las primeras víctimas de esta niebla es, seguramente, la clara distinción que, en papeles, existe entre los niveles estratégico, operacional y táctico. En la práctica, conseguir y retener la iniciativa táctica frente a un enemigo con libertad de acción estratégica, que puede escalar a voluntad hasta el nivel que le resulte más ventajoso, es una tarea extremadamente difícil (7).

La herramienta que tenemos a nuestra disposición para lograr este pequeño milagro es, cómo no, la aplastante superioridad tecnológica de que gozan las fuerzas armadas de los países occidentales. ¿No quería David asimetría? Démosela, pero a nuestra manera. Jugando con el medio físico —empleando aquél en el que nuestra superioridad tecnológica cuente más— y con el espacio —fijando la distancia de enfrentamiento que nos resulte más conveniente—, es posible cuadrar el círculo que supone infligir al enemigo daños superiores a los beneficios que él espera obtener de su agresión, a un coste suficientemente bajo para que sea aceptable a los ojos de las opiniones públicas de los países occidentales.

Un esfuerzo conjunto

Cuando hablamos de plantear las acciones militares en el *medio* que mejor nos permita llevar la iniciativa, no sólo estamos asumiendo la inevitabilidad

(7) Tan pronto como el primer infante pone el pie en tierra, sujeto a unas reglas de enfrentamiento que pueden ser imprescindibles, pero que le restan buena parte de su valor militar, es vulnerable a la acción de un enemigo a quien, como era el caso de los *señores de la guerra* somalíes, no le importe escalar el conflicto.

de la acción conjunta, sino que estamos defendiendo un concepto de lo conjunto algo diferente del que tendrían nuestros predecesores hace unos pocos años. Hoy, en la mayor parte de las situaciones, es más importante la complementariedad que la suma de los esfuerzos. Cada objetivo militar, en cada momento del conflicto, tiene vulnerabilidades que *alguna* de nuestras capacidades —es irrelevante a qué ejército pertenezca— puede explotar.

Si me permite un ejemplo ilustrativo, con nuestra actual superioridad militar ya no es imprescindible concentrar los aviones de la Marina y los del Ejército del Aire para disponer de *más* unidades, concentración que, por otra parte, exigiría retrasar la acción hasta que lleguen a la zona las unidades más lentas. Se trataría, más propiamente, de explotar en cada momento las opciones diferentes que nos ofrecen las distintas formas de acción y de despliegue del poder aéreo y del poder naval.

Pero la acción conjunta no viene justificada únicamente por el *cómo* hemos de utilizar la fuerza. También se hace necesaria cuando nos planteamos el *qué* queremos conseguir con nuestras operaciones militares. Porque, una vez que el juicioso uso de los medios disponibles nos garantice la iniciativa táctica, se nos plantea el crudo problema de decidir *qué* hacemos con ella.

¿Qué haría Clausewitz? Vaya usted a saber. Pero si yo fuera él, habría razonado que ninguno de los vértices del triángulo formado por el dictador, el pueblo y las fuerzas armadas del enemigo es particularmente vulnerable a una acción militar restringida, como la que corresponde a nuestros limitados intereses. Sin embargo, sí parece posible actuar sobre dos de sus lados: las relaciones del dictador con su pueblo y con sus ejércitos. Y a este efecto, nada mejor que programar nuestras acciones militares para transmitir a ese pueblo la incapacidad de su líder para defenderlos, y a esos ejércitos su incapacidad para evitar la derrota final (8).

Estos difíciles objetivos exigen, nuevamente, la acción conjunta. Es evidente que para mantener la iniciativa táctica en las primeras fases de cualquier conflicto es preciso dar el protagonismo a los medios aéreos y navales, más capaces de sacar partido a las diferencias tecnológicas y de inclinar la balanza material y moral a nuestro favor, prácticamente sin coste alguno. Pero es casi igual de evidente que un enemigo decidido no desistirá a menos que la amenaza de un importante componente terrestre garantice que, aunque decida llevar el enfrentamiento a las últimas consecuencias, al final será derrotado.

(8) No estaría de más implicar a la televisión en este empeño. Es un arma demasiado poderosa para dejársela en exclusiva a nuestros rivales. Cuando la superioridad de nuestros medios nos permita prescindir de la sorpresa, ¿por qué no anunciar el día y la hora del bombardeo de determinadas instalaciones emblemáticas del régimen enemigo?

El papel de la Armada

En los comienzos del tercer milenio, no creo que sea preciso insistir en que el papel de la Armada en cualquier conflicto no puede entenderse aisladamente. Todos somos conscientes de que la verdadera misión de nuestra organización es la de aportar fuerzas navales preparadas para contribuir al esfuerzo conjunto.

Sí quiero insistir, sin embargo, en que el enfoque de nuestra contribución debe dirigirse más a complementar que a sumar. La mar, nuestro ámbito de actuación, confiere a nuestras unidades unas características específicas que suponen, con relación a los otros ejércitos, algunas ventajas —libertad de acción estratégica, movilidad táctica, medio de actuación sensible a las diferencias tecnológicas, permanencia en zona y flexibilidad operativa— y algunos inconvenientes, entre los que sobresale una capacidad para influir en los acontecimientos en tierra siempre limitada en relación con el esfuerzo desarrollado (9). Estas diferencias no deben verse como algo negativo. Al contrario, cada característica diferente supone una opción más, que añade riqueza a nuestros planes operativos y que, en un contexto determinado, somos libres de tomar o dejar. Exactamente igual que las lentejas.

En la mano de los gobernantes occidentales está el aprovechar las posibilidades de la fuerza naval para la presencia avanzada, por lo que tiene de capacidad disuasoria y por las posibilidades que ofrece para dar una respuesta flexible y, sobre todo, controlable a medida que la crisis escale. Sin embargo, si la situación se deteriora, la capacidad aérea habrá de complementar a la aeronaval —siempre limitada— para ganar la iniciativa y derrotar las previsibles tácticas antiacceso del enemigo. Por último, y aunque muchas veces pueda no hacer falta su intervención, será necesario disponer de fuerzas terrestres capaces de garantizar una victoria definitiva y completa (10).

El precio de la victoria

En definitiva, hoy como siempre, la victoria depende de que sepamos explotar nuestros puntos fuertes —la superior tecnología— y soslayar nuestras debilidades —la cambiante opinión pública—. Por decirlo en términos más modernos, depende de que sepamos llevar la asimetría al terreno que nos convenga.

(9) Había pensado en incluir entre los inconvenientes las inevitables restricciones geográficas de nuestro medio. No lo haré, sin embargo, porque las fuerzas navales de los Estados Unidos están participando con gran eficacia en la campaña de Afganistán, a pesar de que, como es sabido, esta nación no da al mar.

(10) Es paradójico que, como siempre ocurre con la fuerza militar, cuanto más capaces sean estas fuerzas más improbable es la necesidad de su intervención. Lo malo es que la recíproca también es cierta.

Quizá pueda pensarse que, confundido por el brillo de la modernidad, sobrevaloró el poder de la tecnología. Sin embargo, no lo creo así. Haría mal el lector en olvidar que, sin entrar en consideraciones que pertenecen por derecho propio al campo de la teología, incluso el pobre Goliat podría haber derrotado a David si su casco hubiera estado mejor diseñado.

Claro que es muy posible que el casco que Goliat habría necesitado para evitar su derrota fuera muy pesado. Quizá fuera, además, feo, voluminoso o ridículo. Goliat se habría sentido muy incómodo con él. Quizá hasta pensara que protegerse así sería contrario a sus principios. Y esa incomodidad que produce el romper con muchos de los principios que creemos más consolidados es, entonces como ahora, el precio que es preciso pagar por la victoria.

Y el caso es que los nuevos tiempos exigen una nueva mentalidad. En nuestro caso, si queremos ser consecuentes, los nuevos tiempos precisan una Armada edificada sobre cimientos que, en ocasiones, serán sensiblemente diferentes a los actuales. Una Armada que, en lugar de buscar en su seno el equilibrio de capacidades a que siempre hemos aspirado, deberá configurarse para equilibrar *hoy* el conjunto de las Fuerzas Armadas españolas, y *mañana*, quizá, alcanzar el equilibrio de unas fuerzas armadas europeas.

En el ámbito de los recursos humanos, España, que decidió en su día acometer la plena profesionalización de sus Fuerzas Armadas, ha apostado por la calidad sobre la cantidad. Paralelamente, en el ámbito del material, la Armada deberá apostar decididamente por la tecnología como la mejor baza que tenemos para prevalecer en los conflictos asimétricos que nos traerá el futuro. Esta tecnología habrá de aplicarse fundamentalmente a las áreas que hoy son más necesarias: defensa activa, e incluso pasiva, porque no podemos permitirnos las bajas propias y porque, en muchas situaciones, las directrices políticas no nos permitirán disparar primero, y precisión, porque tampoco se nos va a permitir causar excesivos *daños colaterales*.

Mal que nos pese, en el difícil campo de batalla del futuro es probable que la inteligencia pese más que la fuerza militar, que la logística sea más crítica que la táctica, y que el sentido común sea aún más necesario que el valor. Es posible que, en un momento dado, un humilde detector de metales o una cámara térmica lleguen a ser más vitales que cualquiera de nuestros sensores más convencionales. Es probable que, cuando las reglas de enfrentamiento sean restrictivas, la disponibilidad de armas no letales llegue a ser más importante que el alcance de nuestros cañones. Y tengo por seguro que, en todo momento, la calidad de nuestras unidades será más importante que su cantidad. Porque cuando uno de nuestros buques sea atacado, tendrá que defenderse como el mejor. Si, Dios no lo quiera, fuera dañado gravemente, el que tengamos la posibilidad de reemplazarlo rápidamente por otra unidad similar no consolaría excesivamente a nuestros compatriotas ni ensombrecería el éxito de nuestro enemigo. Recuérdese que, si es Goliat quien ha de combatir

solo, en representación de toda la horda de filisteos, de nada sirve tener otros muchos gigantes mediocres en el banquillo. Es mejor tener un campeón bueno que muchos malos.

Creo, en definitiva, que por mucho que nos duela, nos incomode o nos desconcierte, debemos hacer un esfuerzo serio y sostenido para adaptar nuestras capacidades al nuevo entorno estratégico. Algo que, es cierto, se viene haciendo desde hace algunos años pero, la verdad, sin excesiva convicción. Basta un rápido vistazo al último *Jane's Fighting Ships* para apreciar lo poco que ha cambiado la composición de nuestras flotas en comparación con los enormes cambios del escenario internacional. Y si esta continuidad puede justificarse en parte por la larga duración de los programas de armamento, no ocurre lo mismo con la doctrina de empleo, que en la última década apenas ha sufrido variaciones de entidad, a pesar de que está en nuestra mano modificarla tanto como estimemos oportuno.

Claro que todos hubiéramos preferido planear una maniobra brillante para cruzar la *T* a la flota enemiga. Claro que era bonito —bonito sobre todo para los submarinistas— proteger al buque valioso en una cortina de sectores. Claro que nos gustaba la formación diamante. Por eso, renunciar a todo esto, renunciar incluso a la esperanza de que vuelvan aquellos tiempos, será el precio que todos tengamos que pagar por la victoria.

Reflexión final

Siento que el lector que haya llegado hasta aquí tiene derecho a hacerse una serie de preguntas. Admitamos que debemos adaptarnos a las exigencias del momento, sí, pero ¿hasta *dónde*? Debemos optar por la calidad, incluso en detrimento de la cantidad, pero ¿hasta *cuánto*? A estas preguntas sólo cabe darles una respuesta prudente, porque los militares hemos sido acusados, muchas veces con razón, de hacer nuestros planes para ganar las guerras del pasado. Reconozco que éste puede ser también mi caso, y que puedo estar excesivamente influido por los acontecimientos de la última década.

Permítame que le cuente una pequeña anécdota. Cuando Dios creó a los animales, los herbívoros se quedaron, como es natural, muy disgustados con su suerte. Para contentarlos, Dios —y no Darwin, pese a lo que enseñan algunos eruditos— les dio la oportunidad de evolucionar de la forma en que mejor pudieran escapar de las fieras. Así, el mono aprendió a subir a los árboles, la gacela se hizo pequeña y ágil, y la paloma se echó a volar. Sin embargo, de poco les sirvió su sofisticada especialización, y hoy todos ellos hacen las delicias de quienes, a su vez, se han especializado en perseguirlos: serpientes, guepardos y halcones. Al final, sólo el elefante, que además de especializarse, decidió crecer —con todos los inconvenientes que ello supone— y confiar en su fuerza, se mantiene libre de enemigos.

Quiera Dios que en el camino de nuestra adaptación a los tiempos nuevos, cuyos primeros pasos estamos dando con la actual revisión estratégica de la defensa, recordemos el ejemplo del elefante. Seamos, pues, innovadores. Apostemos decididamente por la calidad. Pero no dejemos que esta apuesta, llevada más lejos de lo que aconseje la prudencia, nos haga perder la enorme superioridad militar que necesitamos para conservar el presente escenario internacional, tan exigente en algunos aspectos pero, a la vez, y por muchas razones, tan favorable para nosotros. Porque lo último que quisiéramos hacer es invertir los papeles. No olvidemos que, por mucho que el caso en cuestión haya tenido importantes repercusiones históricas, son muy pocas las ocasiones en que David vence a Goliat.

